

Por _____
ALBERTO EDWARDS

A black and white illustration of a woman from the chest up. She is wearing a patterned dress with a V-neckline. She holds a large, dark bowl in her left hand, which is adorned with a ring. Her right hand rests on an open book lying flat on a surface. To the left of the book is a tall, slender bottle. The illustration has a textured, stippled appearance.

Evidentemente que los artículos de importación extranjera tienen por qué estar más caros, desde el momento en que el valor adquisitivo del peso ha bajado. Pero algunos factores especiales han impedido que el alza se haya producido con toda la intensidad que era de temer. Los

comerciantes al por menor realizan sus existencias con menos utilidad que antes y como se importa ahora muy poco, casi todos los artículos que hay en el mercado, vinieron al país con cambios más favorables.

Por otra parte los alquileres han bajado y entre los artículos alimenticios, si se exceptúa el pan, los otros han permanecido estacionarios en sus precios como la carne y los frejoles o han bajado a menos de la mitad de su valor como las papas y en general todos los productos de la chacarería.

La vida no está, pues mucho más cara que antes, pero preciso es reconocer que es más difícil ahora ganar el dinero. Los empleados públicos son quizás los mejor librados y si lo dudan, preguntenselo a los dueños de casa de alquiler y a los que tienen comercio o ejercen alguna industria.

¿Cómo habemos de hacer frente a la disminución inevitable de nuestras rentas? La respuesta es la misma para la hacienda privada que para la hacienda pública. Debemos economizar... Al que aconseje otros arbitrios hay que llamarlo envenenador público, para usar de la enérgica expresión de Benjamín Franklin.

En materia de alimentación, basta dar un paseo por el mercado y mejor aún por la Vega, para convencerse de que en el momento actual, hay que dar preferencia a las legumbres como base de la alimentación. No sólo esto es más económico, sino más sano y hasta más culto...

Eso de hartarse de carnes y nada más que de carnes está bueno para los salvajes... Es el régimen de los hoteles de Chile y ello basta para hacer su elogio. Recuerdo haber leído en un viajero que nos visitó allá por los años de 1850, frases muy poco halagüeñas acerca del inmoderado uso que se hacía de la carne, tanto en la Argentina como en Chile. Es cierto que el viajero agregaba que en este país, siquiera se conocían las frutas y las verduras, en tanto que en el Buenos Aires de ese tiempo eran completamente ignoradas. De ello deducía que los chilenos estábamos más civilizados que los argentinos.

La carne tiene otro inconveniente económico, y es que estimula considerablemente el consumo del pan, lo que no se debe dejar de tomar en cuenta hoy que el pan está a noventa centavos el kilo. La naturaleza humana busca instintivamente el equilibrio de los alimentos, y cuando sólo se nos presentan a la mesa guisos de carne, comemos mucho pan para satisfacer la necesidad que tiene nuestro organismo de una nutrición vegetal... Con los actuales precios, ese equilibrio resulta muy oneroso.

¡Son tan simpáticas las verduras! Así como sería desagradable para una dueña de casa andar de puesto en puesto, mermando posta negra y huachalomo, es hasta coqueto irse a la Vega con una redecilla de algodón y traerla a su casita repleta de vegetales multicolores y aromáticos. Además todas las carnes se guisan lo mismo, y lo que se cambia es sólo la salsa, casi siempre dañina y repugnante... Entretanto los modos y manera de guisar las verduras son infinitos.

Por ejemplo, ahora se consiguen las berenjenas a treinta centavos la docena. En un número anterior de esta revista di algunas recetas apropiadas a esa sabrosísima legumbre. Ahora daré una nueva que tiene el mérito de haber sido recomendada por el famoso poeta satírico del siglo XVI

Baltazar del Alcázar autor de la conocida lebrilla que comienza:

En Jaen donde resido
Vive don Lope de Soza... etc.

"Se pelan berenjenas tiernas, se cortan en ruedas y se espolvorean con sal. Cuando hayan soltado la humedad se enjugan perfectamente con un paño.

Se saltan en la sartén hasta que estén casi cocidas y se espesan ligeramente con una salsa de harina y mantequilla. Se colocan por capas en una budinera plana, se espolvorea cada capa con queso rallado y se rocía el conjunto con mantequilla derretida. Se ponen por quince o veinte minutos en un horno no muy caliente y se sirven."

He aquí un plato de marcado sabor clásico y español, venerable por su antigüedad y por el recuerdo que trae de un célebre poeta, cuyos versos todos hemos aprendido de memoria cuando niños.

Y ya que se trata de cocina clásica, ¿a qué no saben nuestros lectores qué plato era ese de "Duelos y quebrantos" que comía los sábados don Quijote, cuando era todavía hidalgo sosegado? Pues simplemente huevos fritos con torreznos o sea con tocino frito. De modo que los manchegos de principios del siglo XVII se desayunaban como los ingleses del siglo XX con "bacon and eggs".



Para las personas de escasos recursos creo que en la presente estación, sería recomendable el siguiente plan de comidas.

En el almuerzo: nada de sopas, ni de cazuelas, ni de caldos, sino un plato de carne con algún acompañamiento, un guiso abundante de vegetales como locros falsos charquicán de cohayuyo, frejoles, papas con arroz o chuchoca, macarrones, etc.; etc.; y un postre barato sin huevo, como empanaditas de queso, sémola con leche y azúcar, sopaipillas, etc.

En la comida: una sopa, un guiso a que sirva de base la carne del puchero, un guiso de verduras, como berenjenas, pimientos, tomates, cebollas, etc., y una ensalada.

La carne del puchero puede guisarse de mil maneras, y constituir así un guiso sa-

broso, que reemplaza con ventaja y economía, el eterno e insípido cocido de nuestros padres.

El más conocido es el picadillo caliente, del cual daremos una receta:

"Se pica bien la carne del puchero. Se hace un ahogado de manteca y harina. Se retira del fuego; se le añade un poco de caldo, sal y pimienta. Se revuelve todo sobre el fuego y se le añade la carne con una cucharada de perejil picado. Se sigue revolviendo sobre el fuego por dos o tres minutos más. Si el picadillo quedara muy espeso se le echa otro poco de caldo. Se sirve con papas cocidas."

Este picadillo puede hacerse también con salsa italiana o de tomate.

Otro guiso muy interesante a que sirve de base la carne del cocido es el llamado "Ropa vieja", que se puede variar hasta lo infinito. He aquí una receta:

"Se corta la carne en tiras de un centímetro de grueso, se le quita las partes gordas y las que se hubieron sacado, y después se colocan en un plato enlozado; se espolvorea con sal y pimienta. Se corta cebolla en pedacitos delgados e iguales, se hace freír hasta que tome un color rubio, se espolvorea con harina, sal y pimienta y se sigue dejándola cocer por cinco minutos; se retira del fuego, se le añade un poco de caldo, se mezcla bien y se revuelve sobre el fuego durante veinte minutos, se añade una cucharadita de mostaza y media cucharadita de caramelo. Se vierte la cebolla sobre la carne, en el plato enlozado, se espolvorea con pan rallado, y se calienta el todo al horno muy suave por unos veinte minutos. Se sirve con papas cocidas."

Esta "ropa vieja" es un plato muy barato, como lo indica la receta, lo que no obsta para que sea de chuparse los dedos.



Pero pasemos a la vida un poco menos

modesta, pero sencilla siempre. No quiero despedirme hoy de mis lectores, sin darles a conocer dos recetas magníficas y no caras, para variar sus menús.

"Mostacioli"

Se cuecen con bastante agua, macarrones pequeños de los llamados "mostacioli". Antes que estén muy cocidos se ponen en una coladera para que destilen y se acabarán de cocer en una taza de caldo. Cuando esto se haya consumido se agrega un pedazo de mantequilla, matas o crema de leche, y jugo de carne que se ha guardado del asado del día anterior. Al tiempo de mandarlos a la mesa se les agrega un poco de queso parmesano. Deben quedar bien sazonados con sal y pimienta.

Estos "mostacioli" quedan aún mejores con masa hecha a domicilio. He aquí la receta:

"Se pone en la tabla un poco de harina, se quebran dos huevos y se hace una masa más bien dura, sólo de huevos y harina. Se hacen cuatro rodelas que se adelgazan con el uslero y se ponen un ratito sobre una servilleta. Deben quedar muy delgadas. Después se doblan y cortan los tallarines muy finos."

"Postre de manzanas"

Se pelan las manzanas, se cortan por la mitad y se les saca el corazón. En seguida se les pone mantequilla y se las coloca en una budinera con bastante azúcar flor. Se ponen al horno para que se cuezan y doren. En seguida se les coloca en una compotera y se rellena cada manzana con un poco de dulce, vg., con mermelada de damasco. Se hace aparte una leche de crema con una taza de leche y una yema de huevo. Esta crema es suficiente para cuatro manzanas o sea ocho pedazos, que es la ración de otras tantas personas.



La felicidad modesta

en la vida

Por ALBERTO EDWARDS

El Veraneo año y hogaño

I

Vieja y excelente costumbre ha sido en Chile la de salir a veranear. Muchos volúmenes podrían escribirse, hablando al estilo de don Marcial Martínez, sobre sus orígenes y evolución histórica.

Allá en tiempos remotos, cuando los pesos de 48 peniques y las crinolinas, en

la época en que Martín Rivas compraba botines de charol en plena Plaza de Armas, esquina de Monjitas, digo, la institución del veraneo nada había perdido de su pureza primitiva.

Se salía entonces de Santiago, durante los meses de calor, con dos objetos: bañarse y ahorrar dinero.

Toda la gente de buen tono tenía en aquel tiempo, fundo propio o arrendado. Fuera dueño de grandes haciendas o de un pequeño majuelo, el señor santiaguino, no era considerado como tal si no podía hablar del "fundo".

La falta de medios de comunicación, facilitaba a los propietarios rurales la grata tarea de fantasear acerca de sus predios rústicos... ¡Tiene hacienda!... se decía de don Fulano y don Perengano, y las gentes candorosas se imaginaban, con este nombre, una especie de reino con muchos miles de cuerdas de tierra de migajas, pobladas por ganados innumerables, dignos de los tiempos patriarcales, y por centenares de familias de inquilinos...

Testimonio de aquellas lejanas grande-



zas, lo daba la carrera o la récula de mulas que de tarde en tarde se detenía junto al portalón de la casa patricia, para depositar allí el sabroso cargamento de lo que daba la estación: kilos de charqui sacos de papas, melones y sandías, y, hasta cocha-yuyo, cuando el fundo era de costa.

Como entonces no se

usaban las acciones ni los bonos, como en las ciudades casi todo el mundo vivía en casa propia, y no había forma de ser propietario de fincas urbanas de arriendo, el que no era dueño por lo menos de un fundo, pasaba a figurar "ipso facto incurrenda" en la categoría de los pobres diablos.

La humillación de estos tales pobres diablos, llegaba a su colmo, cuando, al iniciarse la época de "las calores", como se decía entonces, no les era posible embarcarse al igual del vecino, en el desvencijado birlocho o en la entoldada carreta, para ir a pasar en "el fundo", la temporada de verano.

Desde que Adán y Eva comieron la manzana, la humanidad ha sido siempre la misma. o, a lo menos, ha cambiado poco. El afán de no ser menos que el otro, era tan poderoso en 1850 como en 1914. El hombre "sin fundo" y sobre todo la mujer del hombre susodicho, no podían conformarse con la idea de que los vecinos cayeran en la cuenta de tamaña falta contra las leyes del buen tono. Era necesario fingir el fundo, ya que no se le

tenía, y las crónicas viejas nos cuentan de familias que, no contentas con tapiarse a piedra y lodo en sus respectivas casas durante "el verano", adoptaban todo género de precauciones, para hacer creer al vecindario que don Fulano de Tal, esposa e hijas, se habían ido "a la cosecha". Tapizaban de paja el frente de la casa, como testimonio del paso por allí de una carreta fantasma, y cometían, en suma, todas las ridiculeces, inherentes a la perdurable vanidad humana.

A pesar de todo, el veraneo era en aquel tiempo una gran institución. Acaso debimos a ella los 48 peniques de que gozábamos, y además un poco de higiene.

Hemos dicho que uno de los objetos al salir de Santiago entonces era el de bañarse. Grandes y buenas personas fueron nuestros antepasados, pero tengo para mí que debían oler muy mal. La gente no se bañaba. Los más refinados solían tener allá en el último patio de la casa, junto a cierto barraconcito misterioso de tablas "con vistas" a la acequia, una pieza enladrillada y sin blanquear, con una tina de madera, en que una persona de regular estatura, casi podía acucillarse... ¡Era el baño!...

Ni en el verano ni en el invierno, se acercaba nadie a aquella pieza por estar limpio. Se iba allá para "la calor", y un baño se comentaba en el vecindario.

No soy viejo, pero recuerdo haber oído a una señora patricia, dar a sus vecinas esta noticia estupenda:

"Ayer me bañé"...

La acequia del fundo por turbia que fuese, era entonces un gran recurso. Los cuerpos de nuestros distinguidos pelucos y de nuestras soberbias patricias, tomaban en ellas conocimientos y contacto del agua, siquiera algunas veces en el año.

Pero la gran utilidad del antiguo veraneo, era su aspecto económico. El hacendado cosechaba por dos capítulos. Trigo en las eras, y economías en el presupuesto familiar. Por tres, por cuatro y hasta por cinco meses se vivía sobre el país, de los frutos de la tierra, sin gastar en coche, ni en trajes, ni en teatro, ni en género alguno de vanidades... ¡Y aquella miseria era de buen tono! ¡Estaban en el fundo!...

Los tiempos fueron cambiando. Nació primero la profesión del usurero a secas...

Es verdad que antaño, nuestros padres,

cuando tenían algunos realitos disponibles, no se avergonzaban de "ponerlos a interés", en condiciones para poner amarillos de envidia a nuestros bancos de hoy, pero pocos eran usureros por sistema, por oficio.

Antes que el "funesto decenio" instituyera la Caja Hipotecaria, el usurero a lance, y el profesional cobraban modestamente el dos por ciento... todos los meses. ¡Ni Anás, ni Caifás, ni todo el Sanhedrin, llegaron más lejos!...

¡Cómo se temía y respetaba entonces a los prestamistas! A falta del recurso del papel moneda, inventado mucho más tarde, el agricultor no conocía otra venganza que la del pelambre...

—¡Allá va don Nabucodonosor!...

Y se contaban historias espeluznantes de su avaricia, y de su mezquindad.

Don Nabucodonosor solía no tener fondo. Buen calculista, prefería ganar su modesto dos por ciento, sin abandonar su gran centro de operaciones en Santiago.

Pero la señora y las hijas de don Nabucodonosor, no se conformaban con quedarse en Santiago, asándose en el tercer patio de su casa, ni más ni menos que la siútica de la Perengana, mujer del oficial tercero de la Contaduría Mayor.

El usurero solía conmovirse, aunque pareciera mentira, ante este cuadro de horror, y de allí el origen de las primeras quintas de veraneo, y de la temporada de baños en Cartagena primero, y en Viña del Mar, después.

II

Todo se ha transformado ahora.

La gente se baña todo el año, con comodidad y en su casa, no es indispensable tener hacienda para ser persona decente, y comienza a ser de mal tono veranear en "el fundo".

En el nuevo ambiente, la institución ha degenerado, y casi podría decirse que sólo quedan de ella las malas consecuencias.

La peor de todas es esta suspensión de la vida civil, política y comercial, que se llaman vacaciones.

En 1850, cuando casi sin excepción la sociedad entera se dedicaba a la agricultura, el que los hacendados y sus familias residieran en el campo durante las cosechas, no perjudicaba a nadie. Muy por el contrario, si continuaran haciendo lo mismo, tanto mejor.

Si el que vive en la ociosidad, de Enero a Enero, con o sin renta, veraneara, aunque fuera en el Polo Sur, tampoco a nadie se le daría un ardite.

El abuso consiste:

En el veraneo del Gobierno... Durante las vacaciones no se gobierna... En el veraneo de los tribunales de justicia... En Enero y Febrero nadie puede obtenerla... En el veraneo de los hombres de negocios... esto es la necesidad obligada y reglamentaria de una ciudad entera y por período que casi alcanza a la cuarta parte del año.

Pero no es mi ánimo hablar aquí de los funestos resultados económicos y sociales de semejante abuso. Me bastará recordar que las condiciones en que se desarrolla hoy el trabajo nacional, han cambiado mucho desde 1850, que tanto se ha complicado ahora y que vivimos en tiempos de conveniencia agria y esforzada entre el trabajo de los pueblos... Ninguno puede hoy tenderse a la bartola, sin perecer.

Volvamos a la vida práctica...

¿Dónde están las delicias del veraneo?

Comprendo que el hombre bastante rico para ser propietario o arrendatario de un elegante chalet en Viña del Mar, donde va a encontrar todas las comodidades de su propio hogar, veranee en aquel fresco y dulce paraíso de flores y jardines encantados, abundante en recursos, donde se traslada gran parte de la buena sociedad de Santiago.

Veranear así es un placer: no lo discuto.

Por desgracia, no todos pueden veranear así. Muchos hay que, arrastrados por las imperiosas exigencias de la vanidad y de la moda, no vacilan en abandonar sus negocios y la tranquilidad y el confort de su hogar, para meterse en agujeros inverosímiles, en ranchos que desdeñaría en Santiago un modesto empleado de cinco mil pesos anuales.

¿Para qué?

La razón que se da de ordinario es la salud de los niños. Pésima excusa; nada ganará esa salud preciosa, si meten a los pobrecitos de a cuatro o de a cinco en una pieza mal ventilada.

¿Que Santiago se convierte en un desierto durante los meses de verano? Tanto mejor, si lo que se busca es el descanso y la holgura de una temperatura de vacaciones.

Se dice que en Europa también las gen-

tes veranean. Es la verdad, pero hay mucho que distinguir a este respecto.

En esos países antiguos y ricos, existen innumerables familias que viven de sus rentas, que poseen en el campo suntuosos castillos y palacios, o que sin perjuicio alguno de unos negocios que no tienen, pueden pasar una temporada en Brighton o en Trouville, alojadas en hoteles espléndidos, provistos de todo género de refinamientos.

Esa aristocracia es la que veranea en forma más o menos análoga, aunque en mucho mejores condiciones, a las del veraneo en Chile.

Las gentes más modestas, sobre todo en Inglaterra, se dan también sus vacaciones, pero de otro género. No se prolongan éstas por meses y meses. Un viajecito de diez, doce o quince días por Francia, Suiza, el Rhin, los lagos de Escocia o el país de Gales, basta para la felicidad del profesional, de la institutriz, del pequeño comerciante. Ni es la ciudad entera la que sale a pasear al mismo tiempo, dejando en suspenso la actividad entera del país. Cada cual aprovecha su licencia en el tiempo en que se la dan, sea verano, otoño, primavera, o invierno. Todas las estaciones son buenas para el descanso del cuerpo y del espíritu. Sólo cambia con la época, el programa del viaje, al Norte o al Sur, en busca de un clima propicio.

Es que en esos países se sabe vivir: los hombres de trabajo no imitan al rentista; el negociante no toma el tren del ocioso diplomático. Cada cual se compone conforme a sus necesidades y exigencias.

Chile es un país maravillosamente dotado para las pequeñas excursiones. Si el maravilloso sur no es recomendable sino en verano, los tibios mares del norte, la romántica Serena, la propia costa de las provincias centrales hasta Constitución son magníficas residencias de invierno.

Estoy seguro que con los adelantos futuros de la civilización, la sociedad abandonará esta costumbre del "veraneo artificial", que tanto perjudica a la economía y al buen orden del país, y cada cual tomará sus vacaciones en el tiempo que le sea más oportuno, ya sea dando una corta vueltecita por el sur en los meses de calor, o navegando en invierno hasta Coquimbo o Arica, según sea el tiempo y los recursos de que disponga.



La felicidad modesta

en la vida

Por
ALBERTO EDWARDS

I

Según las teorías de la democracia pura, la sociedad no debiera reconocer otras desigualdades entre los hombres que las originadas por el mérito individual. Seductora doctrina es ésta: ella se apareció como un consuelo y una esperanza para los débiles, los oprimidos, los pobres y los desheredados; ella ha sabido encontrar hondas raíces en ese principio inmortal de eterna justicia que cada uno de nosotros lleva en el fondo de su alma.

Por desgracia la humanidad no está constituida como lo quisiéramos. Y esta oposición o desequilibrio permanente entre nuestros anhelos y las realidades de la vida ha sido y continuará siendo el gran escollo de todas las filosofías. La Biblia explica el gran misterio enseñándonos que el hombre es hijo del pecado... La ciencia moderna, sin pretender darnos una explicación del fenómeno, reconoce al menos su existencia... Ya nadie se atrevería hoy a enseñar como Rousseau que el hombre nace perfecto, y que es la sociedad civil y la civilización quienes lo han echado a perder.

No es raro, pues, que la quimera democrática haya fracasado en la práctica, y que, bajo todas las formas de gobierno, bajo todas las organizaciones sociales, los hombres continúen recibiendo distinciones y sufriendo desigualdades, cuyo origen no es el mérito individual.

No sólo nacemos con diversas fortunas



y una posición social diferente, sino que algunos recibimos mejor educación y mejores ejemplos que otros... Las leyes no podrán tampoco impedir mientras la naturaleza humana continúe siendo lo que es, el que se hereden y transmitan por la sangre, la salud y la enfermedad, el

talento y la estulticia, las inclinaciones buenas y las malas.

El más fervoroso demócrata no apostará a un caballo en las carreras, sin averiguar de qué potro procede, ni comprará una ternera para su lechería, si no conoce las aptitudes de la vaca madre para el caso. Los hombres, como los caballos y los toros, no nacemos como hongos, sino que también somos hijos de alguien. Las instituciones más niveladoras no lograrán por ejemplo que de la unión de un negro y una blanca, resulte otra cosa que un mulato.

Podemos sí esperar del desarrollo de la cultura y de la civilización, un mayor aprecio del mérito personal, el mejor tratamiento de los inferiores, caridad para los débiles y los que sufren... La igualdad absoluta será siempre un mito, una utopía, absolutamente inconciliable con la naturaleza de las cosas, cuyo gran secreto ya se trate de las estrellas del cielo o de los peces del mar, parece ser la desigualdad.

Hágame las anteriores consideraciones al analizar en días pasados uno de los más deplorables fenómenos que presenta la so-

ciabilidad de la América del Sur, particularmente en la República Argentina, y también en Chile, aunque en menor grado, y es el excesivo respeto que nos merece la riqueza adquirida o heredada. El mal, lo repito, es todavía mucho más sensible al otro lado de los Andes, pero existe también en Chile... En el hecho, ningún país está libre de él, pero en Europa, solemos parecer los mismos chilenos tan ridículos, como a nosotros se nos aparecen los argentinos, cuando, al presentarnos a un individuo, lo primero que hacen es informarnos del número de leguas de campo que posee.

Hemos suprimido en la ley, y algo también en las costumbres, la nobleza hereditaria, "miserable reliquia, dice el decreto de O'Higgins, del sistema feudal que ha regido en Chile". Nuestros padres creyeron poner con ello una pica en Flandes. Les pareció ominoso y contrario a los principios de justicia, que los hombres recibieran distinciones especiales, en virtud de los hechos de sus antepasados, y aún creyeron ridículo y absurdo el que cada cual los recordara, teniéndolo a honra.

No discutiré el punto, pero debo sí dejar establecido que poco ganó la igualdad, esto es, el reconocimiento puro y simple del mérito individual con aquella reforma. Es verdad que los chilenos nos acordamos menos cada día, de cuáles fueron los hechos, los triunfos, las virtudes de nuestros progenitores, pero en cambio continuamos distinguiendo y casi adorando al dinero que de ellos hemos podido heredar, sin pensar siquiera en cómo fué habido, si ha sido o no el fruto de un trabajo honrado, o de la sórdida avaricia, de la usura o del fraude.

La fortuna, al igual que la nobleza, no sólo se hereda, sino que también puede adquirirse... Todos cuantos han ganado dinero, saben, sin embargo, que no son las facultades más nobles de la naturaleza humana las que se ponen en juego cuando uno trata de hacerse rico... No dejaban de tener su razón de ser las antiguas leyes que prohibían el comercio a los hidalgos... el disimulo, la codicia, la meticulosidad avarienta y no pocas veces el engaño, son las caballerescas virtudes que conducen con frecuencia al éxito en materia de dinero. Sin embargo, continuamos rindiéndole a él, y a los que por cualquier

capítulo lo poseen, el acatamiento que, según la teoría democrática, debe rendirse sólo a la virtud y al mérito.

¿Será esto porque el trato y la amistad de los ricos es provechosa? Bien puede serlo en ciertos casos, pero en general, como cualquiera puede haberlo observado, los ricos son más egoístas y menos generosos que los pobres. Por lo general, reciben sin devolver nada el humilde acatamiento de sus semejantes. Por lo mismo que no sienten necesidades y se contemplan seguros en su elevada posición, no comprenden ni menos compadecen las luchas y las desgracias de los otros.

Si distinguimos el dinero, es, pues, sólo en virtud de ese instinto humano, que todas las filosofías no lograrán borrar, que obliga al débil a inclinarse ante el fuerte y arrastra al pequeño hacia el poderoso.

Pero no sólo se compran los respetos con la fortuna, sino el poder, que en otros tiempos fué el privilegio de la nobleza. La democracia ha errado también por este capítulo su camino. Hicimos hace veinte años una revolución, con el objeto, se dijo, de devolver al pueblo el derecho de gobernarse a sí mismo, y el pueblo no ha encontrado mejor manera de gozar de tan alta prerrogativa que vendiéndola al mejor postor. Así se compra o se alquila hoy el derecho de gobernar, como se compra un automóvil o un abono al Municipal, y no pocas veces con parecido objeto, esto es, el de procurarse lustre, situación, en una palabra, nobleza...

Hoy es, pues, más cierto que nunca aquello de que dineros son calidad. Los privilegios de la plutocracia son harto más efectivos que los de la antigua caballería del blasón... El dinero no sólo proporciona riquezas materiales, sino calidad, respetos, fortuna con las mujeres y poder. Todas las antiguas aristocracias han venido a refundirse en ésta.

No menciono este hecho para condenarlo o maldecirlo: quiero sólo dejar constancia de él. Es noble, es gran señor el que tiene dinero... ¿Habrá alguien que no desee gozar de tales ventajas?

Las consecuencias económicas del hecho apuntado son de muy diversa índole.

Por de pronto, las ventajas que trae consigo la fortuna, constituye un magnífico estímulo para el trabajo y la producción. Pasaron ya los tiempos en que un

finchado hidalgo, podía pasear su hambre y su soberbia, mirando de alto abajo al judío sórdido y al tramposo mercader. Ya no es de mal tono trabajar ni el ocio es distinguido. Muchas actividades económicas, antes perdidas, se aprovechan hoy gracias a la omnipotencia del dinero.

Pero, por otra parte, el excesivo tributo rendido a la fortuna, es causa de no pocos desórdenes.

Desde que el dinero y sólo el dinero es calidad, aún las personas más sobrias en sus gustos se creen obligadas a mantener lo que se llama el rango, esto es, las apariencias de la fortuna, y por lo tanto la posición social, los respetos y las consideraciones.

Cuando se tiene, tanto mejor, cuando no, se acude a los expedientes. Porque el balance de la fortuna de cada cual no es cosa pública, y el mundo acostumbra a juzgar casi siempre oro lo que reluce.

Esta es la filosofía de la ostentación, de las deudas, de las cuentas; el secreto de muchas angustias y miserias, casi la explicación de nuestras desventuras económicas. Así, como los hidalgos del siglo XVII lo sacrificaban todo al lustre de sus pergaminos, nosotros nada ahorramos, a fin de no descender del solio de la nobleza moderna, cuyos timbres son, las plumas, las joyas, los carruajes, los automóviles, el palco en el Municipal y la casa patricia costosamente decorada.

A este respecto se llega a lo ridículo aún en los detalles más insignificantes. Ejemplos: los antepechos y las cúpulas de las casas. ¿Por qué nuestros arquitectos levantan dos o tres metros más de lo necesario las murallas de los edificios con frente a la calle? No ha de ser, por cierto, con el poco cristiano propósito de que en un temblor fuerte, aquella máquina posita y mal amarrada se desplome sobre la cabeza de los transeúntes. No es tampoco para añadir belleza al edificio: la arquitectura, cuando no es verdadera, degenera en decoración de teatro, es un insulto al arte. Lo mismo sucede con los pisos de cinco o seis metros de altura, no sólo antiestéticos, sino incómodos.

Parece como si el propietario dijera a los pasantes:

—Vean ustedes que grande es mi casa.
¿Calculan ustedes la fabulosa cantidad de

iadrillos que se ha empleado en construirla? Es cierto que cada vez que subo las escaleras, se me pone un dolor en los riñones, pero no importa... el mundo sabe cuán rico y poderoso caballero soy...

No de otra suerte debieron pensar los salvajes de los Faraones de Egipto, cuando levantaron esas soberbias e inútiles montañas artificiales que son las pirámides.

En la Edad Media, los habitantes de Pavía, en Italia, acostumbraban levantar sendas torres en sus casas: la vanidad consistía en que fueran muy altas. Por eso, los pavos aquellos, a fin de conciliar la moda con el bolsillo, cosa no siempre fácil, hacían sus torres tan endebles como elevadas. El toque consistía en encaramarse un par de pies sobre el último record batido, y a tal extremo llegaron la vanidad por un lado y la tacañería por el otro, que fué muy peligroso pasear por las calles de Pavía. En el momento menos pensado ¡zas! se caía una torre, construida a estilo de palo de bandera y le rompía a cualquiera la nariz.

II

Cada vez que trato de hacer reflexiones sobre la psicología de la ostentación, mi espíritu vacila... ¿quiénes son más culpables? ¿Son los hombres? ¿Son las mujeres?

Los siguientes datos pueden arrojar alguna luz sobre el particular:

En materia de alhajas, por ejemplo, los hombres gustan de comprarlas, no siempre con el único propósito de ostentar lujo. Es una especie de reserva que piensan hacer para los tiempos malos, sin reflexionar que no siempre es tan fácil vender una alhaja como adquirirla.

La inversión de dinero en alhajas es una tradición judía. Todos saben que los desventurados hijos de Israel, a fuerza de sufrir persecuciones y atropellos, han adquirido por herencia, la inclinación a colocar sus bienes de modo que sea fácil ocultarlos. Por eso el pagaré y la usura son judíos, como el gusto por las alhajas.

Sin embargo, no siempre la compra de alhajas es un resabio de semitismo: un collar de perlas sobre la garganta de la señora, es réclame de análogos efectos al

del antepecho en la coronación de la casa. Es lástima que con los progresos de la industria se haya broceado este negocio. Hoy se fabrican perlas falsas que en nada se distinguen de las verdaderas, ni aún a los ojos de un joyero experto. En realidad el público juzga de la legitimidad de las perlas por quien las lleva: si son de una millonaria, las cree verdaderas, si de una señora sin recursos, las cree falsas.

Un amigo mío que ha residido algún tiempo en la República Argentina, cuenta que allá casi no se puede mencionar a una dama del gran mundo, sin que alguien advierta...

—¡Ah!... ¿Sí?... La señora X... tiene un collar de cuatro hileras.

De modo, concluye mi amigo, que en Buenos Aires avalúan a los hombres por "leguas" y a las damas por "hileras".

En algunos de nuestros círculos sociales, casi se toca, por desgracia, este último extremo de la **pijería**.

Las joyas costosas apenas embellecen a las mujeres bonitas, y hacen resaltar más la fealdad de las feas. Sin embargo, todas rabian por las joyas. No siempre el gusto consiste en llevarlas. Hay señoras de su casa, que no tienen siquiera la oportunidad de alhajarse, y para las cuales no hay, sin embargo, un regalo mejor que un collar valioso. ¿Por qué?... Voy a revelar el secreto...

Penetremos en un círculo de damas. Supongamos que algunas o muchas de las asistentes han hecho matrimonios ventajosos, y se encuentran de pronto en una situación que apenas se atrevieron a soñar cuando eran solteras... Estas son las peores.

¿Hablan acaso de las virtudes de sus respectivos cónyuges? Todo menos que eso.

—Mi marido, dice una, me da dos mil pesos todos los meses, sólo para comer, y eso que no tenemos familia... Además a cada entrada de estación me hace comprar, aunque yo no quiera, cuatro vestidos y cinco sombreros de los más caros.

—El mío, añade otra, continuando la apuesta de los **bluffs**, me tiene abierta una cuenta en el Banco... Yo giro lo que quiera... Su gusto es que yo gaste mucho... Al fin para eso tenemos cuatro reales.

El resto de la peligrosa tertulia discurre más o menos en los mismos términos.

Feliz aquella que en ocasiones tan solemnes, puede batir el record agregando:

—Roberto me trajo el Lunes un collar de perlas lindísimo... Costó tantos miles de pesos, añade si es muy cursi.

El placer de dar esta noticia vale el collar de perlas.

Nunca falta en casos tales una inocente damita que hasta entonces no ha molestado a su marido con exigencias, y que ha debido callar ante aquel fuego graneado de grandezas.

A ella no le dan dos mil pesos sólo para comer, ni le compran cinco vestidos y cuatro sombreros por estación, ni le abren cuenta en el Banco, ni le regalan collares de perlas.

La pobre llega a su casa de mal humor, sin sospechar acaso cuántas mentiras, miserias y angustias suelen ocultarse tras el brillante cuadro que le han pintado sus amigas.

—¿Conoces a Roberto, el marido de la Fulana? le pregunta a su cónyuge...

—Sí, contesta este, sin sospechar a dónde va el tiro... es un buen muchacho, pero bastante leso...

—¿Leso?... Pero si tú supieras la situación en que está... La Fulana tiene dos automóviles y le acaba de regalar un collar de perlas... Tú debías ser tan leso como él... Nunca salimos de pobreza.

El término final de este diálogo o debate, depende de la prudencia del marido, del talento de la mujer, de los principios en que ambos fueron educados.

¿Cuántas deudas, desatinos y malos negocios no resultan de conversaciones como esas?

Porque es cosa difícil hacerles comprender a las señoras que no sólo el dinero constituye la superioridad de los hombres. Ya se ve: el medio social en que viven, pesa excesivamente en esos organismos delicados e impresionables.

—Bueno, pregunta la mujer, ¿por qué Zutano gana tanto y tú no?... ¿qué no tienes talento?... ¿No sabes hacer negocios?

El marido, para salir del paso, tiene que botarse a pelador, y dar cualquiera explicación falsa o verdadera, pero precisa y sencilla.

—Zutano, dice, es un patero... Se abre paso en el mundo, a fuerza de adulaciones... Yo no tengo carácter para eso...

O bien...

—Mira, hijita, no te preocupes... Perengano está lleno de trampas; le debe a cada santo una vela... Más vale vivir tranquilo, aunque sea con modestia, que envuelto en mil enredos.

Confieso que hay mujeres capaces de contestar...

—¿Y por qué no haces la pata?.... ¿Por qué no te botas a sinvergüenza?

Cuando el marido no es un espejo de virtudes, lo que suele suceder, le es mucho más difícil convencer a la señora. Entonces la cosa degenera en gresca...

—¿No ves?... No te lo dije yo... Si no te lo pasaras borracho en el Club, si no fueras un vicioso y no jugaras.

Etc., etc., etc.

Tal es el peor resultado de lo que hemos llamado el excesivo dominio del dinero. Lucirlo y adquirirlo, llega a ser no sólo la rueda catalina de la sociedad, sino del hogar doméstico; la po-

breza y aún la modestia de los recursos no sólo es una desgracia sino que se convierte en un oprobio, en una humillación, en el semillero de toda clase de dificultades y malos ratos.

Esa ventaja tenía por lo menos la antigua aristocracia de los pergaminos.

—Fulano, el marido de la Julia, podía decirle entonces una mujer a su cónyuge, es marqués y descende del Cid Campeador, y tiene ocho cuarteles en su escudo, con cinco grifos de Sinople en campo de veros y contraveros.

El feliz marido podía entonces contestar...

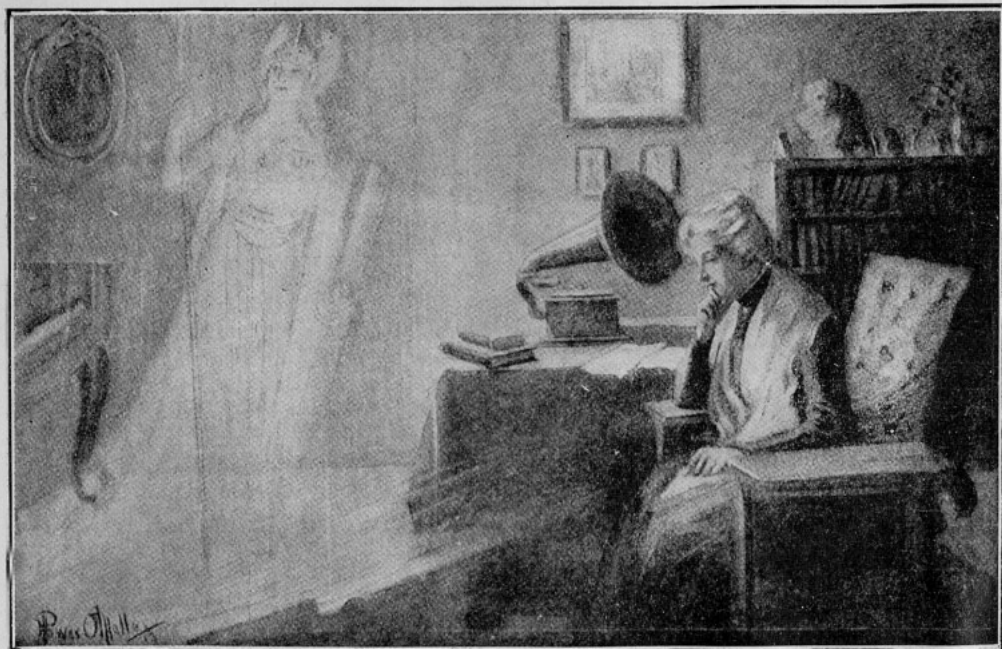
—¿Sí mi hijita?... Me alegro mucho por Fulano...

Y la señora no estaba en el caso de replicar...

—¿No ves?... ¿Y tú?... Ni siquiera tienes escudo... Como eres tan estúpido, tan torpe, tan bueno para nada...

No todos los progresos de esto que se ha dado en llamar democracia, son igualmente envidiables.

ALBERTO EDWARDS.



La voz de su juventud

La felicidad modesta

en la vida

Por
ALBERTO EDWARDS



No sólo de pan vive el hombre. La felicidad no consiste únicamente en el equilibrio de nuestras necesidades materiales con los medios de satisfacerlas. Un carácter sombrío, un espíritu envidioso y rebelde, constituyen desgracias tan efectivas como las enfermedades y la miseria.

Se ha dicho y repetido hasta el

casancio que somos un pueblo triste. Podríamos añadir que al igual de nuestros antepasados los españoles somos descontentadizos y murmuradores. ¿Cuál es la causa de esta desgracia psicológica? ¿Por qué este desequilibrio permanente entre nuestras aspiraciones y la realidad de la vida?

Preciso es confesar que se trata de un mal humano de que no escapa ningún pueblo ni raza alguna. El mundo y la sociedad son imperfectos. La religión, la filosofía y nuestra propia conciencia nos lo enseñan. El alma humana se rebela en contra de esa imperfección, por eso no puede haber en la tierra felicidad completa. El hombre corre sin cesar en el curso de su vida, tras de un más allá que se aleja constantemente a medida que avanzamos en nuestro camino, como los mirajes del desierto.

Cuando esta tendencia del alma se aplica a la política o a la sociología en general, ella es a la vez la fuente y el origen de todo progreso, como la causa de las mayores desgracias y de los más lastimosos trastornos en la vida de los pueblos.

Todo es cuestión de equilibrio. El pesimismo por sí sólo no conduce a nada. La

España, por ejemplo es de todos los países del mundo aquél en que pululan con mayor profusión los rebeldes y descontentos, y en el que alcanzan mayor popularidad hombres que dedican su vida a probar ante sus semejantes,

que hay mucho de malo en la sociedad, en el mundo,

en los gobiernos y en los hombres, verdad demasiado conocida para necesitar de apóstoles... ¿Qué ha ganado la España con tantos y elocuentes críticos?

Muy poca cosa... La aptitud política, que es una facultad constructora, no es lo que precisamente distingue a los españoles, los cuales por este concepto, como por otros muchos presentan singulares afinidades con la raza que produjo a Jeremías y a Shylock...

Ya en el Génesis Dios en su ira llama pueblo ingobernable y rebelde al pueblo de Israel, y en efecto su historia, tal como nos la relata la Biblia es una sucesión no interrumpida de incomprensibles revoluciones y de desastres políticos. No faltaba a los judíos ni espíritu de nacionalidad, ni fuerza de raza, ni aptitudes de otro orden. ¡Harto bien lo han probado! Pero aún hoy mismo, los judíos que tan elevada situación han alcanzado en el mundo moderno, continúan siendo los rebeldes y los ingobernables del Génesis.

Sabido es que en todos los países ellos son los capitalistas del espíritu de revolución y de trastorno, que dominan la prensa socia-

lista y anarquista, y que se puede contar siempre con ellos para impulsar cambios y y novedades de todo género así en la política, como en las costumbres y en las artes.

Se ha sostenido que los españoles son semitas y esta afirmación es sólo en parte paradojal. Por de pronto los viajeros que llegan a España o a Chile, provenientes de países en que aún se conservan las antiguas preocupaciones en contra de los hijos de Israel se admiran del gran número de personas con tipo judío, que encuentran en todas partes. Por su lado los arqueólogos han demostrado que los antiguos iberos o primitivos habitantes de España de que descienden los vascongados y navarros, fueron una rama de la raza semítica, así como pertenecen a ella los cartagineses y los árabes que más tarde conquistaron la península. Sea de ello que fuere el hecho es que el español, descontentadizo, planidero y verboso, siempre dispuesto a aplaudir al que maldice y reniega de cuanto existe, presenta no pocas afinidades psicológicas con el israelita.

Estas tendencias de la raza provienen en mi entender de un desequilibrio entre las dos facultades intelectuales que más contribuyen a formar el carácter y el juicio. Tenemos muy desarrollado el espíritu de observación y por lo general muy poca o ninguna imaginación constructiva.

La literatura y en general el arte de los españoles lo está probando. Como observadores son realistas. Todos sus genios artísticos llevan impreso ese carácter, desde los novelistas del siglo XVII hasta los de nuestros días, desde Velásquez hasta los modernos maestros de la pintura. Se empapan de la naturaleza, aún en sus detalles más triviales, pero no saben embellecerla, ni construir nada con los elementos que ella proporciona. En parte alguna del mundo, toda proporción guardada, pululan más los escritores de costumbres, los autores de descripciones groseras a fuer de exactas, de cuadros tan admirables por su luz y su colorido, como ajenas a toda inspiración superior...

Por eso nosotros mismos encontramos pesada la literatura española y preferimos la lectura de autores extranjeros. Podemos admirar a aquello, pero no nos llenan en alma ni siquiera nos divierten ni entretienen...

Al revés, todo cuanto se diga de la falta

de imaginación de los españoles me parece poco. Su literatura popular, puede ser si se quiere chispeante e ingeniosa, pero el elemento imaginativo falta en ella por completo. España es un país sin leyendas, y hasta las pocas tradiciones populares que los folkloristas han encontrado entre el pueblo español, son producto de la inventiva de otras razas. Se decía que los habitantes de las provincias vascongadas, por ejemplo, han sido incapaces de inventar un solo cuento. Los ingleses llaman "*fiction*" a las obras de literatura. En España sería ridículo llamarlas así. Ficción es precisamente lo que falta en ellas. Las mejores se reducen a un proceso psicológico desarrollado al través de algunos incidentes de la vida diaria, y su encanto reside sólo en la fuerza de las descripciones o en la agudeza del análisis. Estas tendencias del espíritu español no han hecho sino acentuarse con el transcurso del tiempo, es decir a medida que el clima, las guerras y las emigraciones han eliminado de la raza española los elementos góticos y teutones que antes la enriquecían.

Se ha atribuido por lo general el atraso e ignorancia de los españoles, el escaso o ningún contingente apuntado por ellos al adelanto de las ciencias y de la industria en los tiempos modernos. Pero ello es, sin duda, otro efecto de la falta de imaginación constructora o de inventiva, de que padecen...

De igual causa su falta de aptitudes políticas y su pesimismo gruñón.

El que observa y no sabe construir ha de ser por fuerza un demagogo, un rebelde, un crítico muy activo y un mal hombre de estado.

Observa las desperfecciones de la sociedad humana y se subleva contra ellas. Pero derribando aquello, no sabe imaginar lo que viene detrás, aún cuando tenga a la mano los elementos necesarios para producirlo.

Un espíritu así, no puede ser exacto ni práctico. En lugar de la más útil y fecunda de las facultades humanas, en el sitio de la imaginación, tiene una nebulosa, una verdadera olla de grillos. No sabría decir a punto fijo lo que desea y espera, en qué forma se ha de producir la mejora que busca. Maravilloso cuando observa y critica, comienza a balbucear cuando propone algo... Ni en España ni aún en Chile hay discursos magistrales sino de oposición... Ya mi ami-

go don Francisco Antonio Encina lo ha observado, al analizar nuestros parlamentos.

Se trata por ejemplo de lo que se ha dado en llamar entre nosotros la oligarquía...

¡Soberbia palabra! Difícil es definirla con exactitud.

Nuestra constitución es democrática. El pueblo no sólo posee constitucionalmente el derecho de elegir a sus representantes, sino que prácticamente posee la libertad necesaria para ejercer aquel derecho. A pesar de eso el poder reside en el hecho en las gentes ricas o linajudas de Santiago... Esto se llama la oligarquía...

¿Cuál es hoy día su fundamento? Algo hay en ello de tradición, pero mucho más de la poderosa influencia del dinero. Si en Chile gobiernan los ricos es porque tienen cómo comprarse la voluntad de los pobres. Para precisar los términos, combatir a la oligarquía sería combatir el cohecho electoral.

Probar los inconvenientes de este régimen y su inmoralidad es una tarea bastante fácil. El cierra la puerta de nuestras asambleas legislativas a muchos hombres con preparación, honradez y patriotismo y les abre a otros sin más mérito que el de tener fortuna; corrompe y critica al pueblo; tiende a convertir a la representación nacional en una especie de negocio, etc., etc... ¡Qué hermoso libro se podría escribir sobre todo esto! Con un poco de observación y de ingenio no sería difícil demostrar que todos nuestros males, desde la desorganización de los partidos para abajo provienen de ese fundamento del régimen oligárquico que se llama cohecho electoral...

Hasta aquí la obra de la observación y de la crítica. Lo que existe es malo y por tanto es preciso destruirlo... El resultado de nuestro trabajo ha sido puramente demoledor... Pero destruido aquello. ¿Qué nos quedará?... ¡Jauja! nos grita la ilusión humana... El buen sentido no se satisface, sin embargo, con esa respuesta.

Para obtener otra más exacta necesitamos apelar a un proceso de imaginación constructiva. Los materiales abundan. No todos los diputados y municipales son elegidos por medio del cohecho; hay algunos que obtienen su representación por voto espontáneo y gratuito del pueblo... ¿Son esos los mejores? ¿Son más morales, más disciplinados, más consecuentes con sus principios, más desinteresados y honestos? En otros términos, la masa de los cohechados, entregada a su libre inspiración, ¿tendría mejor concepto de los ideales del país, elegiría mejor que la masa de los cohechadores?

Cuestión considerable. Para resolverla el buen sentido tiene que ser iluminado por la imaginación. forjar mentalmente el porvenir con los datos que se tienen a la mano. Precisamente porque nuestra raza es poco apta para trabajos de esta índole, sufre en política tantas caídas y desengaños.

Sabido es que en España y en los pueblos de origen español, la opinión pública se complace en repetir con los hombres y los partidos el juego del viejo rey Tarquino con las altas cabezas de Roma. No se mantienen entre nosotros esos grandes prestigios que tanto han contribuido en Inglaterra, en Alemania, en Estados Unidos, a las obras de progreso y de transformación social. Si aquí tuviéramos un Bismarck, no pensaríamos sino en derribarlo en espera que tras de su caída tendríamos algo mejor.

Este es otro efecto de lo mismo. El sitio de la imaginación, que tenemos vacío, lo ocupa la ilusión... Tras de esta imposible es que no venga el desengaño...

¡Ah! si pensáramos a cada momento que en este mundo no reemplazar lo perfecto a lo imperfecto, sino que en la historia se suceden siempre los diversos matices de una imperfección congénita con la humanidad... Si imagináramos lo que va a levantarse tras de cada ruina... Cuanto habríamos progresado en el camino del buen sentido político, que siempre tiene algo de censorador.



La felicidad modesta

en la vida

Por
ALBERTO EDWARDS



Entre los muchos problemas que presenta la Economía Doméstica, ninguno es quizás más importante, que el de la hora y distribución de las comidas. ¿Cómo y cuándo debemos sentarnos a la mesa? De ello dependerá en gran parte la posibilidad de reducir o no nuestro presupuesto de gastos. De ello puede depender también la salud de que gocemos, y el buen o mal aprovechamiento de nuestro tiempo.

La moderna civilización que tiende a uniformar las costumbres en todo el mundo, no ha pronunciado aún su última palabra sobre el particular, y los usos varían en los diversos países

Concretándonos a Chile, es sabido que antiguamente se almorzaba muy temprano (antes de las diez), y que la vida civil y de trabajo, no comenzaba, para la mayoría, sino después de almuerzo. Hoy almorzamos, o, mejor dicho, comemos, después de medio día, y en Santiago, por lo menos, continúan muchos con el hábito de no considerar como tiempo hábil para el trabajo sino el que transcurre entre las comidas del día.

En España, otro país poco laborioso, los usos no difieren gran cosa de los nuestros. Se toma el chocolate en la cama, se almuerza a medio día y se come hacia las ocho de la noche. Entre las gentes de tono, el té de las cinco ha venido a reemplazar la antigua merienda. Tal es también la costumbre de París.

Se comprende fácilmente que semejante

distribución de las horas de las comidas se avienen a los hábitos de personas que tienen poco que hacer, se levantan y acuestan tarde, y no tienen por qué preocuparse demasiado del aspecto económico del problema.

Gentes que han de pasar la mañana en la cama o en el me-

jor de los casos, paseando en el centro, no necesitan un desayuno muy substancioso. Les basta con la taza de té o de chocolate, acompañada de pan y manteca. Sus ocupaciones, si algunas tienen, sólo les toman una o dos horas después de la copiosa comida del medio día. Además, esas personas, cuyo presupuesto hemos de suponer holgado, bien pueden darse el lujo de hacer al día dos grandes comidas

No es raro, pues, que en Santiago nos falte el tiempo para todo. Con la mañana no hay que contar: las personas con que debemos vernos, o duermen o pasean, y en la tarde, abotagadas después de un suculento almuerzo, no se encuentran tampoco en mucha disposición para trabajar.

Algún observador ingenioso ha dicho que la superioridad comercial de los ingleses, consiste en que trabajan después de haber comido y antes de estar hartos. En efecto, los chilenos que saben aprovechar de la mañana, luchan con el estómago vacío y pensando en el almuerzo... Más tarde... ya han comido demasiado.

El breakfast de los ingleses, que nos-

otros llamamos almuerzo, es, como su nombre lo indica, el acto de *romper rápidamente* el ayuno, y de quedar en disposición de ponerse al trabajo, sin cargar demasiado el estómago. Se toma entre las ocho y las nueve de la mañana, y consiste por lo regular en una o más tazas de té, un guiso caliente, (muy frecuentemente compuesto de huevos con jamón o tocino), algún fiambre y un poco de dulce de frutas con mantecaquilla.

Poco después del medio día, toman los ingleses el lunch, que corresponde a la merienda española, que nosotros llamamos disparatadamente "*las onces*". El lunch es un tento en pié, más ligero aún que el almuerzo. Consiste en un pedazo de carne fría, un sandwich, o de algo así por el estilo. Los hombres de negocios lo toman rápidamente sobre el mostrador de un restaurant o de un club. Antes de que termine la jornada de trabajo, el inglés no quiere sentir el estómago inquieto, pero tampoco comer abundantemente. La digestión ocupa un lugar demasiado importante en nuestro organismo, para hacerla coincidir con las fatigas y preocupaciones de la lucha diaria.

El inglés no hace, pues, sino una sola comida copiosa y en regla, una vez terminado el día, consultando así a la vez las prescripciones de la higiene, con las necesidades del comercio y los consejos de la economía.

Los alemanes no hacen también sino una sola gran comida, pero ella tiene lugar a medio día. En la noche "*cenan*", a veces muy tarde.

En Chile debemos buscar en la época colonial, el origen de nuestras actuales costumbres a este respecto. En aquellos años se trabajaba muy poco y los alimentos eran muy baratos. Se comía, pues, en abundancia y muchas veces al día.

El colono se levantaba al alba. Después del desayuno (yerba-mate), venía otra colación a las *once*, nombre que hoy damos a la merienda; después se comía abundantemente, entre una y dos de la tarde, y se cenaba, con menos abundancia, a las ocho u ocho y media de la noche. Entre la comida y la cena tenía lugar la merienda.

Sería interesante investigar la evolución de esas costumbres hacia las que observamos hoy. La hora de la comida fué retra-

sándose poco a poco. En 1840 era a las cuatro de la tarde; entre 1850 y 1870, a las cinco; entre 1870 y 1880, a las seis; entre 1880 y 1890, a las siete, y ahora es a las ocho, a las ocho y media y aún más tarde.

El retraso de la comida, dió origen al almuerzo, que se tomaba en un principio entre las nueve y diez de la mañana, y que hoy tiene lugar después del medio día. Nuestro almuerzo de hoy corresponde a la comida colonial, tanto por su hora como por su abundancia. No es el frejol *breakfast* de los ingleses, ni mucho menos.

La cena desapareció también ante el avance de la comida, las *once* se transformaron en lunch y por último, la comida misma, sin perder nada de su suculencia, ha venido a ser una verdadera cena, por la hora en que se toma.

Durante la época que podríamos llamar de transición, esto es, entre 1850 y 1890, cuando la comida era ya demasiado tarde para permitir una cena posterior y demasiado temprano para constituir la última colación del día, se tomaba entre 9 y 12 de la noche.

He aquí la razón por qué en Chile hacemos dos comidas copiosas: la del medio día, que continuamos llamando impropriamente almuerzo, y la cena, a la que no sólo damos una calificación que no le corresponde, sino que por su abundancia continúa siendo una verdadera comida.

Las necesidades económicas transformarán, más tarde o más temprano, este programa alimenticio, demasiado copioso. Se volverá a la costumbre de no comer abundantemente sino una vez al día.

¿A qué hora debe tener lugar esa comida?

A las personas de trabajo les aconsejaría sin vacilar el sistema inglés, a saber:

1.o). Nada de desayunos en la cama. Si se quiere tener buena digestión, bébase a esa hora un vaso de agua.

2.o). A las nueve de la mañana, almuerzo a la inglesa: un fiambre, un guiso caliente, un poco de dulce, y té. Nada de vino ni de espirituosos.

3.o). A medio día o más tarde, lunch o merienda, fría y ligera.

4.o). A las cinco de la tarde, una taza de té.

5.o). A las ocho de la noche, una comida abundante.

6.o). No se tome vino sino en esta última comida, ni licores, sino después de concluido el trabajo diario. El doctor Fernández Peña, dirá que a ninguna hora, pero eso es pedir gollerías.

Antes de terminar estas breves notas, y ya que de comidas se trata, voy a permitirle dar a nuestros lectores, tres recetas para preparar el cochayuyo, guiso a que suelen hacer asco, algunos individuos de pésimo gusto, pero que, no por qué no venimos de Francia, deja de ser uno de los más sabrosos que se pueden comer en Chile.

Cochayuyo en forma de pescado.—Recomendable para las señoras, cuyos maridos son odiosos para la comida, y no dan bastante dinero para la casa. Es un medio de hacer pasar el cochayuyo por otra cosa, o sea gato por liebre.

Se escoge cochayuyo muy ancho y se pone a cocer en agua con vinagre. Se corta en trozos grandes, y se abren con un cuchillo. Se rellenan con un pino de yerbas

frías, perejil, cebolla, verduras y huevo duro picado, con el correspondiente aliño. Se pasa por huevo batido y harina y se fríen. Se sirve con pebre, imitando pescado frito.

Cochayuyo a la chilena.—Se corta el cochayuyo en pedazos de tamaño regular y se cuece en agua con vinagre. Se lavan juntos, papas, zapallo picado y cebolla. Se coloca en una cacerola, abajo manteca, encima el cochayuyo, y más encima las papas, cebollas y zapallo de que se ha hablado con charqui de tomate. Se tapa la cacerola y se pone en juego no muy vivo, por dos horas, sin moverla. Se aliña como el charquicán. Si queda muy seco, se aclara con leche, a la cual no es necesario agregar agua, si la leche es comprada en Santiago.

Fritos de cochayuyo.—Se cuece el cochayuyo en agua y vinagre. Cuando esté blanco se pica muy bien. Se pica además verduras, cebolla y tomate. Se baten dos huevos con harina y leche. Se agrega el cochayuyo y se fríe todo con croquetas. Se sirve en caldillo de arroz.

ALBERTO EDWARDS